CAPÍTULO XXXIV.

El suplicio.

> Te llevaré al bosque poblado de verdes árboles, y podrás tú mismo escoger el que quieras.
>
> *Balada antigua.*

—¡Gracias sean dadas á Dios, que me ha concedido la facultad de reir y hacer reir á los demás, y oprobio al necio que se avergonzara de desempeñar el empleo de bufón! He aquí una broma, y no por cierto de las más graciosas, bien que ha tenido la suerte de divertir á dos príncipes, cuyo éxito ha sido más feliz del que produjeran mil razones de estado para impedir una guerra entre Francia y Borgoña.

Tal fué la consecuencia que sacó Glorioso cuando, de resultas de la reconciliación de que dimos cuenta al final del capítulo anterior, fué relevada la triple guardia colocada en el circuíto del castillo de Perona. El rey dejó de habitar la funesta torre del conde Herberto, y con gran satisfacción de los franceses y borgoñones, la amistad y la confianza parecieron restablecidas, á lo menos exteriormente, entre el duque Carlos y su señor feudal. Sin embargo, el rey, aunque tratado con todo el ceremonial y respeto debido, conocía perfectamente que no dejara aún de ser el objeto de las sospechas de su poderoso rival; pero aparentaba prudentemente no advertirlo; antes al contrario, parecía considerarse como del todo libre.

No obstante, como suele suceder en semejantes casos, cuando las principales partes interesadas habían casi transigido sobre sus diferencias, uno de los agentes subalternos de

sus maquinaciones experimentaba amargamente cuán verdadera es aquella máxima política de que, si bien los grandes necesitan á menudo valerse de viles instrumentos, indemnizan á la sociedad del perjuicio que le causan, abandonándolos á su destino no bien les son inútiles.

Este agente era Hayraddin Maugrabin, á quien los oficiales del duque habían entregado al gran preboste del rey de Francia y puéstole éste en manos de sus fieles ayudantes Tres-Escalas y Andresillo, encargados de despacharle á la eternidad sin pérdida de tiempo. Colocado entre estos dos dignos personajes, uno tocando el *allegro* y otro el *penseroso*, seguidos de algunos soldados y de inmenso gentío, avanzaba, para servirnos de una comparación moderna, como Garrick entre la Tragedia y la Comedia, hacia un bosque inmediato donde para ahorrarse el ceremonial y molestia de una horca, los árbitros de su destino resolvieron colgarle del primer árbol que les pareciese á propósito.

No tardaron mucho en dar con un roble que, como dijo chistosamente Andresillo, era digno de ostentar semejante bellota. Dejando, pues, al reo á la vigilancia de algunos soldados, empezaron á improvisar sus preparativos para la catástrofe final. En este instante Hayraddin, dirigiendo una mirada al tropel de gente que le había venido acompañando, reparó en Quintín Durward, que creyendo haber reconocido á su pérfido guía en la persona del heraldo impostor, siguió á la multitud que corría á ver la ejecución para asegurarse de la identidad.

Cuando los dos ejecutores fueron á participarle que todo estaba dispuesto, Hayraddin, con la mayor cachaza, dijo que tenía que pedirles una gracia.

—Pedidnos, hijo mío, todo lo que pueda conciliarse con nuestra obligación, y estad seguro de obtenerlo—le respondió Tres-Escalas.

—Es decir—replicó Hayraddin—¿todo, excepto la vida?

—Cierto—dijo Tres-Escalas—y aun un poquito de ella; pues como tenéis traza de estar resuelto á hacer honor á nuestra profesión, muriendo como mueren los hombres, sin muecas ni visajes, no nos negaremos á concederos diez ó doce minutos, si es preciso, por más estrechas que sean nuestras órdenes.

—Esta es demasiada generosidad—dijo Hayraddin.

—Es verdad que pueden echárnoslo en cara—añadió Andresillo — pero ¿qué importa? Yo sacrificaría mi vida por un guapo muchacho, activo, firme, ágil, de buen humor, que lleva intención de dar con gracia el último salto, como corresponde á un hombre honrado.

—Así pues — dijo Tres Escalas—si deseáis un confesor...

—Ó bien—añadió su jovial compañero—si queréis media azumbre de vino...

—Ó entonar un salmo...—dijo la Tragedia.

—Ó cantar alguna copla...—dijo la Comedia.

—Nada de todo esto, mis apreciados y diligentes amigos—respondió el gitano—sólo os pido algunos momentos de conversación con aquel arquero de la guardia escocesa.

Los ejecutores vacilaron un momento, pero Tres-Escalas, acordándose de haber oído decir que Quintín Durward, á causa de ciertas circunstancias, gozaba de gran favor con el rey, resolvió permitirle la entrevista.

Llamaron á Durward. El joven arquero, mientras se iba adelantando hacia el reo, no pudo menos de afligirse al verle tan próximo á la muerte, sin embargo de estar persuadido que la merecía. Los restos de su pomposo traje de heraldo, desgarrado por los dientes de los perros y armas de los bípedos que le arrancaran del furor de aquellos para entregarle á los verdugos, le infundían un aspecto ridículo y lastimoso al mismo tiempo. Veíanse todavía en su rostro algunos vestigios del color con que se había pintado y en su barba algún residuo del pelo postizo que se pegó á ella para desfigurarse. La palidez de la muerte invadía sus labios y mejillas; y, sin embargo, armado de un valor pasivo, como la mayor parte de los de su casta, con vivos aunque desencajados ojos y forzada sonrisa, parecía desafiar la muerte que le estaba aguardando.

El horror y la compasión que se apoderaron de Quintín al acercarse á este miserable le hicieron sin duda moderar el paso, pues Andresillo le gritó:

— Daos un poco más de prisa, señor arquero, un poco más de prisa. Nuestro parroquiano no tiene mucho tiempo que perder, y vos andáis como si los guijarros fuesen huevos y tuviéseis miedo de romperlos.

— Es preciso que le hable á solas — dijo el criminal, en cuyo acento parecía percibirse la desesperación al pronunciar estas palabras.

— Esto no se conforma sobrado con nuestro deber, mi jovial saltarín — dijo Andresillo — mucho tiempo hace que nos conocemos; sois una anguila harto escurridiza para que nos fiemos de vos.

— ¿No me habéis atado los piés y manos con las cinchas de vuestros caballos? — dijo el gitano. — ¿No podéis vigilarme á una distancia regular, desde donde no podáis oirme? Á más de que ese arquero es un servidor de vuestro rey. ¿Y si os doy diez guilders?

— Esta suma podría ser muy útil á su pobre alma, empleándola en sufragios — dijo Tres-Escalas.

— Y consolar también mi pobre cuerpo, si se gasta en vino y aguardiente — dijo Andresillo.— Á ver, á ver esos guilders, mi querido bailarín de cuerda floja.

— Saciad esos perros hambrientos — dijo Hayraddin á Durward — nada perderéis en ello: no me han dejado siquiera un maravedí cuando me han cogido.

Satisfizo Quintín á los ejecutores lo que se les había prometido; ellos, como hombres de palabra, se retiraron bastante lejos para no oir la conversación de Hayraddin, pero no perdiéndole de vista y siguiendo con sus ojos el menor movimiento de su víctima. Durward aguardó un momento á que el infeliz le hablase, pero viendo que guardaba silencio:

—Y bien —le dijo en fin—¿á este extremo te veo reducido?

— Sí — respondió Hayraddin — no se necesitaba ser astrólogo, fisonomista ni nigromante para predecir que moriría como los demás de mi familia.

— Este fin prematuro te lo ha acarreado una larga serie de crímenes y traiciones.

— No ¡por el resplandeciente Aldebarán y todos sus centelleantes cofrades! Hámele acarreado mi propia locura, la cual me hizo creer que la crueldad sanguinaria de un franco podría contenerse por lo que mira él mismo como lo más sagrado de la tierra. Los hábitos de un sacerdote no me hubieran sido más propicios que el tabardo de un heraldo: tal es la buena fe que contienen vuestras protestas de justicia y de caballería.

— Un impostor descubierto no tiene derecho á reclamar los privilegios del disfraz que ha usurpado.

— Descubierto! Mi jerigonza en el hablar valía tanto como la de ese viejo loco de heraldo. Pero no importa: lo mismo tiene hoy que mañana.

— Parece que olvidas que el tiempo pasa. Si algo tienes que decirme, date prisa, y luégo consagra algunos instantes á la salvación de tu alma.

— ¡De mi alma! —exclamó el gitano con horrible sonrisa.— ¿Imagináis que una lepra de veinte años puede curarse en un momento? Si tengo un alma, se halla en tal estado desde la edad de diez años y aun mucho antes, que necesitaría un mes para acordarme de todos mis crímenes, y otro mes para confesarlos á un sacerdote; y á concedérseme este plazo, apostaría cinco contra uno que empleara muy diversamente el tiempo.

— ¡Pecador endurecido! no blasfemes — dijo Durward con un horror acompañado de compasión — dime prontamente lo que tienes que comunicarme y te abandono á tu destino.

— Debo pediros un favor; pero antes es fuerza que lo compre — dijo Hayraddin — porque vuestra tribu con todas sus protestas de caridad no da nada gratis.

— Te diría que pereciesen tus dones contigo, si no te hallases en el borde de la eternidad. ¿Qué favor aguardas de mí? Habla y guarda tus regalos, que no me acarrearían buena suerte: no he olvidado todavía los buenos oficios que querías prestarme.

— Sin embargo, os apreciaba — dijo Hayraddin —os quería bien por lo que hicisteis en las márgenes del Cher; deseaba contribuir á que os casarais con una rica dama. Vos llevabais sus colores, y este fué el motivo de mi engaño; por otra parte estaba persuadido de que Amelina, cuyas riquezas eran de más fácil transporte, os convenía más que esa pollita con su antiguo gallinero de Bracquemont, sobre el cual Carlos ha extendido sus garras y que es muy probable sabrá guardar.

— Tú pierdes el tiempo en palabras vanas, desdichado; veo que esas gentes empiezan á impacientarse.

— Dadles otros diez guilders por diez minutos más — dijo el gitano, que, á pesar de su endurecimiento, deseaba como todos los que se hallan en la misma situación, retardar el instante fatal. Lo que tengo que deciros os valdrá mucho más.

— Aprovecha, pues, los nuevos instantes que voy á comprar — respondió Durward.

Y no le fué difícil concluir un nuevo tratado con los confidentes del gran preboste.

Arreglado esto, Hayraddin continuó:

— Sí, os aseguro que os quería bien. Amelina era la mujer que os convenía; habríais hecho de ella lo que hubiéseis querido: ya véis que no ha despreciado al Jabalí de las Ardenas, á pesar de no haberse devanado mucho los sesos para obsequiarla, y reina en su cubil, como si hubiese estado toda su vida acostumbrada á alimentarse de bellotas y fabucos.

— Da fin á tus brutales é intempestivas chanzas; ó, te lo repito, te abandono á tu destino.

— Tenéis razón — dijo Hayraddin después de una pausa de un momento. — Ello es fuerza saber arrostrar lo que es inevitable: os participo, pues, que yo he venido aquí con este maldito disfraz, con la esperanza de recibir una recompensa de Guillermo de la Marck y otra más rica todavía del rey Luís, no sólo para traer al duque el mensaje de que habréis oído hablar, sino para comunicar al rey un importante secreto.

— Mucho te arriesgaste — dijo Durward.

— Por esto me pagaban bien; pero todo se ha echado á perder. De la Marck había intentado ya entablar relaciones con Luís por medio de Marta; pero parece que sólo pudo acercarse al astrólogo, á quien refirió todo cuánto ocurriera en el viaje y en Schonwaldt, y será gran casualidad que el rey oiga hablar jamás de esto, si ya no es bajo la forma de una profecía. Pero escuchad mi secreto, que es mucho más importante que todo lo que ella pudiera decir. Guillermo de la Marck ha reunido considerables fuerzas en la ciudad de Lieja, y las aumenta todos los días con los tesoros del difunto prelado; pero no lleva intención de arriesgar una batalla campal contra la caballería de Borgoña, ni menos de sostener un sitio en una plaza desmantelada. Lo que cuenta hacer es lo siguiente. Dejará acampar sin oposición al exaltado Carlos delante de la ciudad, y la noche siguiente hará una salida contra él con todas sus fuerzas. Cierto número de tropas llevarán el uniforme de soldados franceses, y gritarán: « Fran-

cia! san Luís! *Montjoie! Saint Denis!* Esto no dejará de sembrar la confusión entre los borgoñones, que creerán que ha llegado á la ciudad un numeroso cuerpo de franceses auxiliares; y si el rey Luís con sus guardias, su séquito y los soldados que podrá procurarse, quiere tomar parte en la empresa, el Jabalí de las Ardenas no desconfía de acabar con todo el ejército borgoñón. Este es mi secreto, y en vos le deposito: sacad de él el partido que os acomode, vendiéndole al rey Luís ó al duque Carlos. Favoreced el plan ó impedid sus efectos; salvad ó perded al que mejor os parezca: á mí poco me importa. Todo mi sentimiento consiste en no poder hacerle volar como una mina para destruir los dos partidos.

—Es verdaderamente un secreto importante—dijo Quintín que comprendió en seguida cuán fácil era despertar el resentimiento nacional en un campo compuesto de franceses y borgoñones.

—Sí, importante—dijo Hayraddin—y ahora que le poseéis, quisiérais estar bien lejos y abandonarme, sin hacerme el favor que os he pagado con anticipación.

—Dime lo que deseas, y te lo concederé si me es posible.

—No os será difícil—respondió Hayraddin.—Se trata de mi pobre Klepper, de mi palafrén, del único sér sirviente que puede notar mi falta. Le encontraréis á una milla de aquí hacia el Sur, paciendo á sus anchas cerca de la choza desamparada de un carbonero. Silbad de este modo (y al mismo tiempo silbó de una manera particular), llamadle por su nombre Klepper, y os vendrá á encontrar. He aquí su brida que había ocultado debajo de mis vestidos: fortuna ha sido que esos pícaros bribones no me la hayan quitado, pues no puede sufrir otra. Apoderaos de él y cuidadle, no diré por amor á su dueño, sino porque he puesto á vuestra disposición el éxito de una importante jornada. Tendréis en él un compañero leal en las necesidades. La noche y el día, la avena y el salvado, los buenos y los malos caminos, una buena caballeriza ó la bóveda de los cielos, todo es igual para Klepper. Si hubiese podido pasar las puertas de Perona y llegar á donde le he dejado, no me hallaría en el apuro en que me veo. ¿Tendréis buen cuidado de Klepper?

—Os lo prometo—respondió Quintín conmovido por aquel rasgo de adhesión singular en un carácter tan endurecido.

—¡Adios, pues!... Un instante, sin embargo, un instante. No quiero ser tan descortés que olvide, muriendo, desempeñar la comisión de una dama. He aquí un billete escrito por la excelentísima señora esposa del Jabalí de las Ardenas á su sobrina de los ojos negros. Leo en los vuestros que cumpliréis exactamente este encargo... Todavía una palabra; iba ya á olvidarme de deciros que encontraréis en el interior de mi silla de montar una rica bolsa muy llena de monedas de oro, las que me determinaron á correr la aventura que tan cara me cuesta. Tomadlas; ellas os indemnizarán por centenares los guilders que habéis dado á esos bribones: os nombro mi heredero.

—Las emplearé en buenas obras para el descanso de tu alma—dijo Quintín.

—¡No pronunciéis más esta palabra!—gritó Hayraddin tomando su fisonomía una expresión que horrorizó á Quintín. —No hay alma; es imposible que la haya.

—¡Infeliz obcecado! Entra en ti mismo; permite que te envíe un sacerdote: alcanzaré de esas gentes nueva dilación, compraré su condescendencia. ¿Qué puedes esperar si mueres en esos sentimientos de impenitencia?

—Ser devuelto á los elementos—respondió el ateo endurecido, apretando contra su pecho sus brazos cargados de ataduras. Mi esperanza, mi creencia, mi expectación es que este misterioso cuerpo perecedero se fundirá en la masa general de donde saca la naturaleza lo que necesita para reproducir cuánto vemos desaparecer todos los días. Las partículas de agua que se hallan en mí, enriquecerán las fuentes y los arroyos; las de tierra fertilizarán el suelo; las de aire suministrarán su soplo á los vientos; y las de fuego, alimentarán los rayos de Aldebarán y de sus brillantes hermanos. Tal es la creencia en que he vivido y en la que voy á morir! Adios; retiraos, no me incomodéis más. Ya pronuncié la última palabra que se oirá salir de mi boca.

Lleno de horror por tan profunda dureza de corazón, conoció Durward que era inútil procurar persuadirle representándole los espantosos resultados de una muerte en estado de impenitencia. Despidióse de él; pero sólo le contestó el gitano con una leve inclinación de cabeza, con el ademán distraído y melancólico de un hombre entregado á meditaciones que

siente se le interrumpan. Quintín entró en el bosque, y halló fácilmente la cabaña cerca de la cual Hayraddin había dejado á Klepper. Silbó y le llamó, y el animal compareció al momento; pero se pasó algún rato antes que se dejase coger. Relinchaba y se encabritaba al acercársele el extranjero. Por fin, los conocimientos generales que tenía Durward de las costumbres de los caballos, y acaso los que adquiriera del carácter particular de Klepper, habiéndole admirado varias veces durante el viaje que hiciera con Hayraddin, le facilitaron tomar posesión de la manda que acababa de legarle el gitano.

Mucho tiempo antes que Quintín hubiese regresado á Perona, ya estaba Hayraddin en el lugar donde la vanidad de su impía creencia debía sujetarse á juicio. ¡Juicio terrible para un delincuente que no había mostrado arrepentimiento por lo pasado, ni temor de lo venidero!

CAPÍTULO XXXV.

El premio honroso.

Insigne honor es para la hermosura
verse conquistada por la mejor lanza.

El conde Palatino.

Cuando Quintín Durward llegó á Perona, el consejo de Estado se hallaba reunido, y el resultado de esta reunión debía ser mucho más interesante para él de lo que nunca llegara á imaginar, pues aunque compuesto de personas cuya clase no permitía pensar que tuviesen la menor relación con él, influyó, no obstante, extraordinariamente en su destino.

El rey Luís, después de haberse divertido con el intermedio del enviado de Guillermo de la Marck, no dejara escapar ocasión alguna de fomentar el recobro del afecto que esta circunstancia parecía haber inspirado al duque; y no dejó de ocuparse en convenir con él, ó mejor dicho, conformarse con su dictamen, relativamente al número y á la calidad de tropas que debía llevar consigo para seguirle como auxiliar en su expedición contra Lieja. Vió claramente que el cuidado que puso Carlos en no pedir más que muy reducido número de soldados, y en insistir en que fuesen acompañados de señores franceses de elevada clase, llevaba por objeto más bien procurarse rehenes que auxiliares. Sin embargo, no olvidando los consejos que le había dado Comines, accedió á todo lo que el duque quiso en esta parte, con tanto gusto como si hubiese obrado libre y espontáneamente.

No dejó con todo de indemnizarse de esta complacencia,